

siento, en que habían vivido durante tantos años, produjo en los israelitas efectos desastrosos en el orden moral y religioso. Comenzó una época de bienestar material, que trajo el gusto por la vida agrícola y por las costumbres de los pueblos sedentarios. Pero el bienestar trajo la relajación favorecida por el contacto con los pueblos cananeos, que habían acabado por someterse, pero que, como suele suceder, estuvieron a punto de someterse espiritualmente a sus dominadores. Estos ya no sentían, como en pasado, la necesidad constante de la intervención taumatúrgica de Yahvé. Todo iba bien; la vida había adquirido un ritmo tranquilo; bastaba con que se pudieran realizar las labores agrícolas, que lloviera en el tiempo oportuno, que florecieran los sembrados, que se alejara la langosta, y con esto los antiguos guerreros se sentían felices. Para conseguir estos sencillos favores, ¿sería necesaria la intervención de Yahvé? Yahvé era, ante todo, el señor de los ejércitos, el Dios de las batallas, el que realizaba los prodigios fulminantes de la conquista y de la victoria. Para despertar la virtud germinal del suelo tal vez serían más aptos los númenes locales de los cananeos que vivían desde hacía siglos en el país y que por tanto debían ser más expertos en la materia que los recién llegados. Con una larga experiencia habían aprendido a dirigirse al dios local para que regara sus campos, y a Astarte para obtener la fecundidad, y al Baal respectivo para detener las invasiones de los insectos. Sus ritos y sus costumbres debían tener un fundamento serio. Yahvé seguía siendo «el Dios» de Israel, aquel ante el cual se postraba la nación entera en los momentos solemnes; pero, ¿qué de particular tenía que para las pequeñeces de la vida corriente admitiese a esas otras divinidades, sin darles ni la universalidad ni la solemnidad con que se veneraba a la que había revelado su poder en el Mar Rojo, en el Sinaí

y en el Jordán? Por otra parte, el culto de Yahvé, siempre invisible y lejano, resultaba misterioso y estrictamente espiritual, mientras que el de los dioses cananeos tenía aspectos seductores y ofrecía placeres tan exquisitos y satisfacciones tan inmediatas, que el hombre, carne y espíritu, quedaba deslumbrado y fascinado por ellos. De esta manera empezó a producirse una gran confusión religiosa, una mezcla abigarrada de ritos y creencias y, para decirlo con una palabra, un sincretismo, que hubiera llenado de indignación al legislador del Sinaí.

Y Yahvé se indignaba también ante estas claudicaciones, que empañaban la pureza del mosaísmo. Era el Dios «celoso», cuya ira se manifestaba en castigos inmediatos de orden material. Si los campos se libraban de las langostas, las razas de los beduínos se multiplicaban. Pronto empezó a cundir la voz de que el bienestar había amortiguado en el israelita el espíritu guerrero. El hombre del desierto, que vivía de la espada y el escudo, que miraba como una deshonra el manejo de la azada y el arado, aparecía para recoger la cosecha del agricultor y llevarse la riqueza amontonada. Eran los madianitas y los amalecitas, «hijos del Oriente»; eran los nómadas que habitaban las montañas de Moab, y los áridos campos de Amón, que atravesaban inopinadamente los vados del Jordán, y caían como langostas sobre el territorio israelita para llevarse los ganados y los productos de la tierra. A ellos se juntaron más tarde los filisteos, un pueblo egeo, procedente de Creta y de la región marítima del Asia Menor, que después de haber intentado vanamente forzar las defensas egipcias del Delta, rechazados por Ramsés III, habían acabado por establecerse hacia el 1170, a lo largo de la costa de la tierra llamada por ellos Palestina, al Norte del valle de Edrelón.